

la salvacion de tu alma á socorrer á la Iglesia de San Pedro y de su pueblo y á desviarte de esos pérfidos reyes. Por el Dios vivo y por las llaves de San Pedro que te envió en señal de reinado (*ad regnum*) apresúrate á acudir en nuestro socorro; haz resplandecer tu fé, y aumenta de esta manera el renombre que ya te has conquistado en el mundo, á fin de que el Señor te oiga tambien en la tribulacion, de que el nombre del Dios de Jacob te proteja, y de que podamos orar en paz día y noche al Eterno por tí y por todo tu pueblo sobre el venerado sepulcro de los santos apóstoles Pedro y Pablo.»

Fácil es de suponer que el portador de esta carta habia recibido instrucciones verbales, á fin de entenderse con Cárlos para hacer pasar del imperio á su persona la soberanía de Roma. Pero nada existe que corrobore esta opinion. Tuvo el papa que dirigir nuevas instancias á Cárlos, quien acabó por enviar embajadores á Luitprando; pero mientras se estaba en negociaciones murió el papa, el emperador y el alcalde del palacio (741).

Zacarias, que fué elevado entonces á la Santa Sede, era griego, generoso y amigo de la paz y de la concordia. Habiéndose dirigido personalmente á Terni, supo inclinar al rey longobardo, en fuerza de benevolencia y de dulzura, á prometer la restitucion de las ciudades de que se habia apoderado; Trasamundo, duque de Espoleto, se vió desamparado por los romanos, lo cual le impulsó á entregarse á Luitprando, quien le encerró en un monasterio. Gregorio, duque de Benevento, fué asesinado en un tumulto del pueblo, en el momento en que aspiraba á salvarse huyendo á Grecia. Luitprando donó los dos ducados á dos de sus deudos; quebrantando con posterioridad sus promesas, retuvo en su poder todas las ciudades que habia ocupado, y hasta invadió nuevamente el exarcato. Pero el papa se condujo con tanto acierto, que al fin logró restablecer la paz.

Cuando cesó de vivir Luitprando (744), depusieron los longobardos á Hildebrando, su colega, y tomaron por jefe á Rachis, duque de Friul. Tardó muy poco en llevar la guerra al seno del exarcato. De nuevo intervino el papa, y no sólo se le hizo renunciar de su empresa,

sino que tocó hasta tal punto su alma, que sin demora fué á encerrarse en union de su mujer y de su hija al monasterio del monte Casino, que á la sazón acababa de ser reedificado, y á donde se habia retirado muy poco tiempo antes Carloman de Francia (749).

Astolfo, hermano de Rachis, encumbrado al trono por el voto público, comenzó de nuevo las hostilidades contra los priegos, y como hábil guerrero, las condujo con tanta fortuna, que habiéndose hecho dueño en dos años de la Pentápolis y del exarcato, trasladó la capital de su reino desde Pavia á la ciudad imperial de Rávena. Refugióse en Nápoles el exarca Eutiquio, y fué el último que gobernó la Italia griega, donde las posesiones, que aún quedaban al imperio, se redujeron á las dos *themas* (provincias) de Sicilia y de Calabria. Al mismo tiempo los duques de Nápoles, de Gaeta, de Bari y de otras ciudades, permanecieron casi independientes, bajo la supremacía nominal del estratega de Sicilia.

Hubo de parecer á Astolfo la posesion del exarcato motivo bastante para artibuirse todas sus dependencias, inclusa la misma Roma. En su consecuencia intimó al Senado y al pueblo romano que le prestaran obediencia como soberano de Rávena, intimacion que apoyó con un ejército numeroso. A fuerza de presentes y de súplicas pudo inducirle Estéban, que habia sucedido al papa Zacarias, á consentir en una paz de cuarenta años; pero apenas habian transcurrido cuatro meses, la rompió é impuso un tributo anual á los romanos, hasta el momento en que fuera de su agrado incorporar este ducado á su reino. En un principio recurrió el papa á los ruegos, y guió en Roma una procesion, en la que caminando en persona con los piés descalzos, llevaba en la mano una de aquellas imágenes de Cristo, que no estaban hechas por mano de hombre. Cubierto el pueblo de cenizas y prorumpiendo en sollozos iba detras de una cruz, de la cual estaba colgado el tratado de paz violado por los longobardos. Estéban envió inmediatamente al abad del monte Casino y á otros sacerdotes cerca de Astolfo para inclinarle á mejores disposiciones; pero este príncipe los trató con desden marcado, intimándolos que regresaran á sus conventos, sin volver á ver siquiera al papa. El emperador

Constantino Coprónimo, que en su testarudez por abolir las imágenes no habia cesado de atormentar al pontífice, en virtud de cuyos buenos oficios se habia conservado su autoridad en Italia, no adoptó entonces otra medida que la de enviar al silenciario Juan con cartas. El papa hizo conducir al enviado á Rávena por su propio hermano, encargándole suplicar de nuevo á Astolfo que consintiera al fin en ceder el exarcato á los griegos, restituyéndoselo sin tardanza. Todas estas fueron tentativas infructuosas. Despues de semejante paso continuaron todavia con más calor los armamentos y las amenazas. Otra vez quiso Estéban escribir al emperador para que se resolviera á correr en defensa de la Italia; pero se hallaba ocupado en abolir el culto de las imágenes y en dar muerte á los monjes que las defendian, y le placia más esta ocupacion que la noble empresa de hacer frente á los longobardos y á los sarracenos, resignándose á llevar siempre la peor parte con enemigos contra quienes habia necesidad de emplear otras armas que las de los silogismos.

¿Qué más podia hacer el papa? Acordándose de Gregorio III, recurrió á Pepino, duque de los franceses, prestándole más benévolo oído que lo habia prestado Cárlos Martel, envió al duque Autharis y á Crodegang, obispo de Metz, á fin de invitarle á que cruzara los Alpes. Con objeto de tentar el último esfuerzo se encaminó el papa, en union de los embajadores francos y del silenciario Juan á la corte longobarda, sin que por eso consiguieran alterar en lo más mínimo la firme é irrevocable resolucion de Astolfo. Por segunda vez se dispuso Juan á regresar á Oriente sin haber alcanzado cosa alguna, y el papa emprendió su viaje con direccion á Francia, en cuyo territorio fué recibido con aquella cordial veneracion, con aquel sincero respeto que otorga constantemente el pueblo á la virtud perseguida.

CAPITULO VII

Carlo-Magno. — Fin del reino longobardo.

Al morir Pepino, repartió el reino entre sus dos hijos, en conformidad á la antigua costumbre, que señalaba á cada uno de ellos una porcion igual del país franco y del territorio ro-

mano. Cupieron en suerte á Carloman la Austrasia y la Borgoña, y á Cárlos la Neustria y la Aquitania. El primero fué coronado en Soissons; Cárlos ó Karl, cuyo nombre recibió posteriormente la adiccion de *Magno*, grande, tomó en Noyon las insignias reales. A su advenimiento fué de nuevo sublevada la Aquitania por Hunoldo, padre de Waifro, quien despues de haber permanecido veintitres años en un convento para expiar allí el asesinato de su hermano, salió entonces para vengar la muerte de su hijo. Impaciente el país bajo el yugo germánico, se apresuró á proclamarle, y algunas semanas bastaron para consumir la pérdida de una provincia que habia costado á Pepino ocho años de guerra.

En el momento de partir Cárlos para apagar aquel incendio, pidió socorros á Carloman, su hermano, y la negativa con que le respondió, fué entre ellos un germen de desavenencias y de rivalidades. Reducido á sus propias fuerzas, no por eso dejó de someter la Aquitania. Vendido Hunoldo por los suyos y entregado á su enemigo, logró escaparse y entrar en Italia, donde permaneció algun tiempo en un convento de Roma; luego, cuando vió á los francos en guerra con los longobardos, fué á ofrecer á éstos un brazo y un odio, que no habian alcanzado domeñar la edad ni el infortunio. A fin de mantener á la Aquitania en la obediencia, la repartió Cárlos entre condes francos para que la administraran, y construyó junto al Dordoña una fortaleza, llamada despues Fronsac, dentro de la cual bastó un corto número de austrasios para tener á raya un país agotado por tantas guerras.

Cárlos, que cumplia á la sazón veinticinco años, habia adquirido ya madurez en los campamentos y en el gobierno de la Austrasia. De elevada estatura y de majestuoso continente, tenía la tez clara, un vigor á prueba de toda clase de fatigas; de una conversacion viva y animada, impasible en los reveses como en los triunfos, se mostraba respetuoso hácia la religion y amigo de las ciencias; era instruido en todo cuanto se sabia en su tiempo. Cuando todavia no están determinadas las instituciones sociales y cada cual atrae á sí la mayor parte de autoridad que puede, si llega á presentarse sobre el trono un hombre dotado de carácter

enérgico, firme en sus designios, no bastando nada á apartarle de la senda que se ha trazado, arrastra fácilmente á los demas en pos de su huella. Son aniquilados aquellos que se rebelan en su contra; limitanse los descontentos á murmullos sin resultado; se convierten en instrumentos los hombres activos bajo aquella mano robusta que, á pesar de todo, no opera más que bajo la inspiracion de la prudencia.

Tal fué Carlos, y quizá sólo debe buscarse en su carácter personal el secreto del inmenso ascendiente que ejerció sobre sus contemporáneos. Al revés, se nos pinta á Carloman como uno de aquellos hombres medianos, á quienes la superioridad agría hasta el punto de hacerles suspicaces, y que, recelando de las personas eminentes, depositan ciega confianza en individuos incapaces. Algunos de estos últimos, y especialmente el duque de Auquerio, pagado para este fin por el rey de los longobardos, procuraron animarle en contra de su hermano, y se dejó ablandar por sus sugerencias hasta tal punto, que maquinaron contra su vida. Si no estalló la guerra entre ellos, se debió á la intervencion de Bertrada, su madre. Carloman tardó poco en morir, dejando dos hijos de edad tierna. Ahora bien, no considerando el derecho germánico á los pueblos como una propiedad trasmisible por herencia, y teniendo la dignidad real por una carga, mirándola como una magistratura conferida por el comun sufragio libremente, los señores de los países dominados por el rey difunto, eligieron en su lugar á Carlos, quien se halló de esta suerte á la cabeza del Estado más poderoso de Europa.

Aquí empieza una série de guerras, á las cuales debió Carlo-Magno la fortuna de encumbrarse al alto puesto que la posteridad no le ha disputado. Didiero, rey de los longobardos, habia esperado poder reparar á la muerte de Pepino las pérdidas que le habia hecho experimentar este monarca; pero cuando la expedicion de Aquitania vino á darle á conocer que Carlos no cedía en nada á su padre en valor y habilidad, pensó seriamente en ganarse su voluntad y afecto. Hizo, pues, que se le propusiera la mano de su hija Deseada ó Hermengarda, y le pidió la de su hermana Gisla para su hijo y colega Adelchis. Pero el papa Estéban III no pudo menos de mirar de reojo un pacto que

debía poner en peligro los intereses temporales de la Santa Sede y los de Italia. En su consecuencia, escribió á Carlos en términos sumamente enérgicos, para que no diera el escándalo de repudiar á Imiltruda, vástago de una familia ilustre entre los francos, con objeto de tomar otra mujer en una raza detestada de Dios é infestada de lepra; exhortándole tambien á no entregar á un longobardo la hermana que habia negado al emperador griego.

Bertrada, que contemplaba este doble matrimonio bajo un aspecto completamente distinto, se dirigió en persona á Italia para concluirlo. En Roma conferenció con el papa, á quien hizo que concediera Didiero algunas ciudades que le habia arrebatado; y aunque no parece que llegara á realizarse el enlace proyectado entre Gisla y Adelchis, volvió ella á pasar los Alpes llevando consigo á Hermengarda, doncella infortunada, cuyas desventuras debian dar testimonio de que no es posible casar á los reinos.

Las principales familias, que habian usurpado la eleccion de los cónsules (se llamó de este modo á los magistrados conocidos en otro tiempo bajo el nombre de decuriones), y á menudo tambien la de los prelados, habian adquirido grande ascendiente en la Romanía sobre las demas clases por los empleos, por la riqueza, por la fuerza, y pretendian tomar parte en la eleccion de los papas. Especialmente era ambicionada la cátedra de San Pedro por estas familias desde que los pontífices se habian hecho príncipes, y aún recurrían á veces á la violencia para ocuparla. A la muerte de Paulo, sucesor de Estéban II (767), reunieron sus bandadas armadas (*scholæ*) cuatro hermanos de una familia patricia, entre los cuales se contaba el duque Toton de Nepi, é hicieron proclamar á la fuerza á uno de ellos llamado Constantino, que todavía era lego; obligaron á Jorje, obispo de Palestina, á que le confiriera las órdenes, y habiéndole instalado en el Vaticano, hicieron que le jurara fidelidad el pueblo romano.

Procuró ponerse el intruso en buena inteligencia con Pepino, que aún vivía; pero ocupado con las guerras de Aquitania, no pudo inquietarse á consecuencia de lo que acontecia en Italia. Entretanto los romanos aguantaban con

gran trabajo al nuevo jefe que habia sido impuesto á la cristiandad. El primiciero Cristóbal y su hijo Sergio, dignatario de la iglesia, se evadieron, bajo pretexto de ir á tomar el hábito de monjes, al país de los longobardos de la Baja Italia, cuyo socorro reclamaron para expulsar á Constantino de la Sede que habia ocupado indebidamente.

Teodiceo, duque de Espoleto, se aprovechó de esta conjetura, y con el beneplácito de Didiero, hizo partir un cuerpo de soldados á las órdenes de un tal Valdiberto, que se prometia entregar la ciudad á sus compatriotas. Efectivamente fué tomada Roma. Toton, que habia acudido á rechazar el ataque fué muerto, y el papa quedó prisionero en union de Pasivo, su otro hermano. En medio del desorden de la invasion extranjera, Valdiberto saca á un sacerdote fuera del monasterio, y clama á voces; *¡Viva el papa Felipe! San Pedro es quien le ha elegido.*

Entretanto el primicio Cristóbal, penetrado de las intenciones de los longobardos, se dirige á un gran número de romanos (768), á quienes escita contra el recién elegido. Es depuesto, y con sujecion á las formas canónicas se nombra al siciliano Estéban III. Un concilio congregado en la basilica de San Juan de Letran declaró depuesto á Constantino. Privado de la vista se presentó delante de los padres reunidos, implorando su compasion y confesando su culpa, lo cual no le libertó de ser azotado. El concilio derogó los actos de su pontificado y le condenó á hacer penitencia hasta su muerte. Además declaró que jamás sería promovido ningun seglar á obispo ó papa, y que no asistiría á la eleccion ningun individuo militar ó lego; que mientras la eleccion durara no iría á Roma ninguna persona desde las plazas de la Toscana y de la Calabria, y que no se entraría en su recinto con armas ni palos. Convicto Valdiberto de maquinaciones se le sacaron asimismo los ojos.

Entonces Cristóbal y Sergio fueron enviados á Didiero por el papa para reclamar los bienes y las rentas pertenecientes á la Santa Sede. Didiero les adornó con buenas palabras, diciendo que iría en persona á arreglar la diferencia; y al mismo tiempo que les colmaba de halagos, acechaba el instante de descargar un

golpe seguro. Ganado á su causa el camarero Pablo Axarto, inspiró desconfianza al papa contra Sergio y Cristóbal y le aconsejó deshacerse de ellos. Habiendo adivinado éstos el peligro, levantaron tropas y pusieron la ciudad en estado de defensa, de tal modo, que cuando apareció Didiero cerca de las siete colinas, encontró una resistencia que no esperaba ciertamente. Como vió zozobrar la fuerza, recurrió de nuevo á la astucia. Fué invitado el papa á dirigirse á su campamento, para entenderse con él acerca de las ventajas y derechos debidos á la Iglesia; pero tan luego como salió de Roma excitó allí Axarto una sedicion contra Sergio y Cristóbal. Iban ya á venir á las manos, cuando regresó el papa y se interpuso á fin de calmar los ánimos.

Siempre desleal Didiero, invitó al papa á una nueva conferencia en San Pedro, que se hallaba entonces extramuros. Cuando se presentó en aquel recinto, mandó cerrar las puertas y le mantuvo preso, obligándole á enviar orden á Cristóbal y á Sergio de que depusieran las armas y de llegar á unirsele ó de retirarse á un convento.

Quisieron en un principio permanecer en su puesto y con las armas en la mano; pero abandonados por sus parciales, salieron para correr al lado del papa, quien, restituido á la libertad, les dejó á ambos en la iglesia, á fin de que, llegada la noche, pudieran volver á entrar en Roma sin peligro. No pudieron verificarlo, porque violando Didiero la santidad del asilo, les arrancó de allí y les mandó sacar los ojos.

Satisfecho de haberse vengado de aquellos dos hombres enemigos suyos, retrocedió Didiero sin haber restituido cosa alguna. No podia esperar apoyo del rey de los francos, yerno del rey de los longobardos; pero no tardó en ingerirse entre ellos la discordia. Cualquiera que fuera la razon de ello, Carlos se cansó muy pronto de Hermengarda y se la volvió á enviar á su padre para contraer matrimonio con Idegonda. Esta afrenta ulceró á Didiero, y como la viuda de Carloman se habia retirado á su córte con sus dos hijos, á fin de libertarse de las asechanzas que temia por parte de su cuñado, proclamó los derechos de los dos huérfanos á la herencia paterna, y requirió al papa que los ungiera reyes de los francos.

Adriano I, hijo de Teodulo, duque de Roma, había sucedido á Esteban III (772); lento en adoptar un partido, aunque dotado de gran perseverancia, vió que no atañía al papa elegir el rey de una nacion libre, ni atizar la guerra civil; rechazó de consiguiente la demanda de Didiero, quien lleno entences de cólera ocupó algunas ciudades de la Pentápolis, bloqueó á Rávena y se adelantó sobre Roma.

Habiendo hecho Adriano cuanto estuvo á su alcance para conjurar la tempestad, imitó á Zacarias dirigiéndose á Carlo-Magno á fin de que acudiera á proteger la Iglesia de que era defensor oficial. Carlos procuró inducir á Didiero por medio de sus embajadores á que renunciaran á sus usurpaciones. A consecuencia de su negativa hizo preparativos de guerra. Fijó á sus vasallos la ciudad de Ginebra como punto de reunion, y les expuso el estado del pontifice, las tentativas hechas por Didiero para encender la guerra civil en Francia, y por unanimidad quedó resuelta la expedicion en contra suya.

No debía ser difícil dirigirla sobre un país dividido entre diferentes poseedores, donde los griegos no tenían más que pretensiones sin fuerza ni voluntad para sostenerlas; adonde los papas llamaban á los francos; donde los longobardos, desacordes entre sí, tenían además que defenderse contra el odio de los italianos, implacables adversarios de los conquistadores.

A los que narran tranquilamente con diez siglos de posterioridad las vicisitudes de esta época, puede parecerles que sus padres erraron en no someterse completamente á los longobardos, lo cual hubiera dado á la Italia esa unidad á la que han debido Francia é Inglaterra, merced á la dominacion de los bárbaros, hacerse fuertes y respetadas. Aun admitiendo que los que ratiocinan de este modo adivinen lo que hubiera acontecido realmente en este caso, ¿qué justicia podia imponer á un pueblo que no procurara emanciparse de una opresion cruel, con la única esperanza de que vendría á ser germen de una felicidad futura en obsequio de una posteridad lejana?

Pero ¿hubiera sucedido esto? Y si apoderándose los longobardos de la península entera, hubieran llegado á extinguir los restos de la civilizacion romana, ¿cómo hubiera podido la Italia derramar su luz sobre toda la Europa? Si

este poder moderador que se abrogó entonces la Iglesia, aun en las cosas temporales, no hubiera prevalecido sobre el derecho político inhábil y feroz de aquellos tiempos, ¿hubieran podido reconquistar sus nacionalidades todos los demas puntos de Europa y de la misma Italia?

Nos sentimos poco dispuestos á cerrar los ojos sobre lo que ha sido para investigar lo que hubiera podido ser. Pero todo el que se fije en las miserias sucesivas de la península, emanadas de acontecimientos terribles, de infamias y de violencias inscriptas en el libro de la cólera de Dios como una expiacion ó una preparacion, tenga la bondad de trasladarse mentalmente á aquella época, y verá que no dejando caer la Italia bajo el yugo de los bárbaros, haciéndola en seguida centro del renovado imperio, se conservaron allí las instituciones antiguas y las mejores tradiciones; que se perfeccionaron y le valieron en breve comercio, ciencias, civilizacion, y por último la gloria de haber sido maestra y modelo de las demas naciones. Ahora bien, ¿hubiera sido posible esta edad gloriosa bajo la dominacion feroz y humillante de los extranjeros, aunque se hubiera logrado darle unidad?

Pero si la Italia no es una ¿debe buscarse absolutamente la causa en aquellos tiempos y en aquella dominacion extinguida? ¿No habia sido una bajo el mando del godo Teodorico? ¿Esta unidad no se mantuvo á pesar de todo? ¿Hubiera sobrevido al fraccionamiento que el feudalismo propagó posteriormente por todas partes? ¿Hubiera resistido á los homicidas amos de los extranjeros cuando, en el siglo XV llegaron franceses, españoles, húngaros, suizos, turcos á saciar su ambicion y hasta su codicia en el seno de esta malaventurada comarca, mientras que desde el venerado recinto de Roma resonaba infructuosamente el grito de guerra del papa Julio II?

Sin hacer, pues, responsable de consecuencias remotas é inciertas de su conducta á un soberano eminentemente nacional, y por lo tanto al mismo pueblo italiano, creemos por lo que á nosotros toca, que por el derecho eterno de la conservacion, el Estado romano, amenazado de caer bajo la servidumbre extranjera, pudo legítimamente defender su independencia, apoyándose en quien se le aseguraba. Además

creemos que los longobardos nunca hubieran entrado en una senda capaz de dar producto la reunion de toda Italia. Aunque convertidos á la fé romana les puso en lucha con el pontifice la ambicion de extender sobre otros países sin más derecho que el de la conquista, las depredaciones que hacia sufrir á la Lombardia. Ahora bien, siendo considerado el pontifice por los romanos como su representante, como defensor de sus derechos, y como el único que supo consolar á los oprimidos y obligar á los opresores á la justicia, debia aumentarse entre los italianos el odio contra una nacion que respondia con amenazas y con el estruendo de las armas á las súplicas y á los consejos que el papa le dirigia. En esta lucha, diseminado el clero por todas partes para dulcificar los males que son patrimonio del vencido, consideraba como suyos los agravios hechos á su jefe y habituaba á los fieles á sentir la herida de ellos, como padecen los miembros á consecuencia de los golpes que recibe en la cabeza.

En Francia se consolidó el poder real en virtud de la asociacion de los bárbaros con el clero, y formó de esta suerte el núcleo en torno del cual el tiempo y los sucesos condensaron los demas elementos sociales hasta llegar á constituir el poder nacional. Al revés en Italia, habiéndose divorciado la fuerza de la opinion, el poder político de la autoridad eclesiásticas ¿de qué manera hubiera sido posible aproximar vencidos y vencedores?

A mayor abundamiento, más ambiciosos ó dotados de más energía, los reyes francos sometieron á diferentes príncipes por medio de la intriga, de la guerra y hasta apelando al crimen, á la par que entre los longobardos subsistieron constantemente los duques, pequeños soberanos en sus dominios, que muy distantes de dejar ejercer al rey aquella autoridad absoluta que hubiera sido la única capaz de asegurar el éxito de expediciones emprendidas en comun, le consideraron siempre, no sólo como el primero entre sus iguales, sino tambien como hechura de ellos.

Agréguese á esto, que por la energía preponderante de su carácter arrastraba Carlos al ejército y á los jefes á decretar en las asambleas lo que á su voluntad cumplia, á proceder sobre el campo de batalla con la confianza ciega

de personas que no hacen más que obedecer á la voz de mando. Al revés, Didiero se había encontrado á su advenimiento al trono contrariado por la faccion de Bachis, que habia sofocado, aunque no extinguido; empleando los diferentes duques sus respectivas fuerzas á medida de su antojo, se negaban á prestarle ayuda y hasta se entendian con sus enemigos. Por consiguiente, á falta de recursos bastantes y por medio de ser vendido debia mantenerse á la defensiva; y al paso que la política le aconsejaba no aguardar en sus hogares á un enemigo á quien habia provocado y aliarse con los sajones, de la misma raza que su nacion, tuvo necesidad de proceder con sumo tino y de maniobrar segun lo exigian, por una parte los ataques exteriores, y por otra las continuas y peligrosas maquinaciones que urdian en lo interior sus adversarios.

En situacion completamente distinta, comprendió Carlos, á semejanza de todos los grandes hombres, lo que reclamaba su tiempo. En vez de ponerse en lucha con los sacerdotes, á la sazón omnipotentes, quiso fortificarse apoderándose de todas las fuerzas motrices de la sociedad y dirigiéndolas hácia el objeto que se proponia. Adelantábase, pues, ahora con un propósito reflexivo, determinado é irrevocable, no ya como Pepino para humillar á los longobardos y dejar que su dominacion subsistiera, sino firmemente resuelto á exterminarlos, puesto que la experiencia habia demostrado que no sabian estarse quietos.

Al paso que hemos visto caer á los godos, levantarse de nuevo, y aun casi hacer deplorar su caída porque fué noble y generosa, hubo debilidad y cobardía en la de los longobardos, cuyos reyes juraban y se hacian perjuros, llevaban siempre la peor parte en las lides, aceptaban el trono bajo condiciones dictadas por un soberano extranjero, y á semejanza de niños indóciles, se volvian á alzar arrogantes y soberbios tan luego como se habia alejado de sus dominios aquel en cuya presencia habian habido humillado la frente.

Esta vez, además, costó á Carlos muy poca sangre la conquista de Italia; no tuvo que disputársela más que á los parciales poco ardorosos de Didiero, y de su denodado hijo Adelchis que se habia asociado al trono. Este último ha-